

Después de hostigar y cansar al enemigo con una serie no interrumpida de acometimientos, los mayas resolvieron reducirlo por hambre, y, á este fin, decidieron poner un sitio estrecho y formal á Chichen-Itzá, de manera que nadie pudiese salir de la plaza sin pagar con la vida su atrevimiento. Se convocaron las milicias de todos los pueblos de la península, y los súbditos de Ek-Box hicieron, en esta campaña, causa común con los Cupules, Cochuahe y Cocomes. Empezó á reunirse alrededor de Chichen Itzá un ejército que hormigueaba. Ya no fué posible que saliesen piquetes en busca de provisiones, sin riesgo de ser copados, y, entretanto, la privación de víveres era cada vez más apremiante. Si permanecían en Chichen Itzá los españoles, la muerte por hambre era inevitable. El capitán Montejo juzgó necesario hacer un esfuerzo sobrehumano para levantar el sitio, y al efecto dispuso un ataque general en toda la línea, sostenido con vigor hasta que los sitiadores flaqueasen.

Dió sus instrucciones á todos los capitanes y subalternos, y el día designado se rompieron los fuegos, avanzando los españoles por todos lados, bizarramente decididos á desalojar de sus puestos á los mayas. Estos, que no se habían atrevido á atacar á los españoles en sus fortificaciones formidables, aprovecharon esta salida para acribillarlos. Las armas españolas se cebaban en el agrupado tropel de indios: los lanzeros de á caballo segaban cabezas, y los cadáveres cubrían el suelo; no obstante, la saña traía ciegos á los indios, y mientras caían acribillados de heridas, huestes frescas venían de todos lados á reforzar á los sitiadores,

de modo que nada valía á los soldados de Montejo hacer prodigios de valor, deshacer los cerrados escuadrones, destrózar bandas enteras: apenas dispersa una línea de enemigos, otra nube más espesa se formaba, atronando con alaridos salvajes; los proyectiles indios, si bien menos ofensivos, por su multitud y menudeo llegaron á causar estragos que no se ocultaron al ojo vigilante y perspicaz del capitán Montejo: creyó prudente concentrarse en Chichen-Itzá, mandó tocar retirada, y los españoles volvieron en buen orden á reconocer su cuartel general. ¡Con cuanto estupor y consternación consideraron sus pérdidas después de la batalla! ciento cincuenta¹ españoles habían quedado muertos en el campo, y casi no había uno solo de los sobrevivientes que hubiese salido ileso. Los caballos fueron diezmados, y de seguro, si los mayas, adivinando su miserable situación, les hubiesen dado una carga final, asaltando sus fortificaciones, nadie lo hubiera contado: para fortuna suya, los mayas tenían horror á los arranques castellanos, y no se atrevieron á acosarlos, por temor de un descalabro: dejáronlos tranquilamente recogerse á sus baluartes, y se limitaron á estrechar el sitio: desconfiando triunfar por la fuerza, se habían decidido á hacer que por hambre se rindiesen: no contaban con la sagacidad del diestro jefe español. Montejo no desconocía lo desesperado de la situación del ejército, sitiado por multitudes aguerridas, y sin esperanza de auxilio alguno exterior, después de ocho semanas de asedio:¹ abrirse paso

¹ Cogolludo, *Historia de Yucatán*, tomo I, tercera edición, pag. 144.

¹ *Relación* de Blas González á S. M.

hasta la costa á encontrar los navíos semejaba empresa de héroes. Después de reflexionar bien, decidió burlar la vigilancia de los sitiadores y evadirse sin que lo sintiesen: combinó perfectamente su plan, y dictó sus órdenes é instrucciones. Una tarde emprendió un ataque general en toda la linea de los sitiadores, acosándolos con salidas, algaradas y escaramuzas hasta cansarlos y fatigarlos. Los indios le contestaron entrando por ocho partes y caminos, en cerrados escuadrones, dando alaridos, y haciendo grandes ruidos. Al cerrar la noche, se retiraron las fuerzas á su campamento, se dió treguas al ataque, y todo quedó sumido en completo silencio. En el mismo punto, y con el mayor sigilo, empezó á organizar la salida, y cuando todo estuvo preparado se puso en marcha. Quería llamar la atención de los indios y evitar que por el silencio del campamento dedujesen su partida y se pusiesen en movimiento para estorbarla: se sirvió de un perro aquerenciado con uno de los soldados del ejército: puso al perro á dieta, y, en los momentos de salir, le ató seguramente al badajo de la campana que servía para las señales y toques del cuartel. Cuando el perro vió que su amo le dejaba, con saltos y brincos de ansiedad pugnaba por desasirse de la cuerda, y seguir en pos de los fugitivos; y mientras más bregaba por soltarse el perro, la campana sonaba y sonaba como en desesperado toque de rebato; y cuando los españoles desaparecieron de la vista del perro, continuaba este saltando de tiempo en tiempo para atrapar un pedazo de pan que le habían puesto en sitio bastante cercano para que excitase su apetito, y suficientemen-

te distante para que no pudiese alcanzarlo. La campana siguió así lanzando sus sonoros ecos en medio del silencio de la noche, remedando el tañido con que se alerta á los centinelas.

Los sitiadores, oyendo la campana como acostumbraban oirla todas las noches, ni sospecha tuvieron de la trama de los sitiadores, y entretanto éstos, aprovechando su descuido, adelantaron camino rumbo al norte. Iban precipitadamente, con intención de ponerse fuera del alcance de los indios cuya persecución temían y esperaban de seguro, una vez descubierta la estratajema del perro y la campana.

Así fué en realidad: á la mañana, los indios, aunque seguían oyendo la campana en incesante clamoreo, notaban con extrañeza la ausencia de todo ruido humano en el campamento español. Se acercaron con precauciones, enviaron una descubierta, y acabaron por ver que el enemigo se les había escapado de entre las manos: comprendieron que debía haber seguido el camino de la costa, y arrancaron sin aliento en persecución suya. Al día siguiente, alcanzaron á distinguir la retaguardia española entre los bosques espesos que se extienden entre Chichen y Buctzootz; pero no se atrevieron á agredir. Gritaban, insultaban y afrentaban á los españoles con mil expresiones de escarnio y desvergüenza. Algunos soldados españoles no acertaban á reprimir el furor, y querían abalanzarse como tigres sobre los que los befaban; pero Montejo, el mozo, reprimía sus ímpetus belicosos, persuadiéndolos de la vanidad de luchar contra aquellas hordas sedientas de sangre: nada se había de

conseguir, sino sacrificar algunas vidas más y poner en riesgo la salvación de todo el ejército: en aquellos momentos debían despreciarse las palabras, como hojarasca y polvo vano, y atender sólo á salvar la vida.

No obstante, el capitán Montejo pensaba en su interior cómo escarmentar á los indios para que cesasen de molestarle. En breve se le presentó propicia ocasión que no quiso desaprovechar: llegó el ejército á una llanada que permitía jugar bien los caballos: puso en emboscada, á la entrada de la sabana, á seis ginetes de los más atrevidos, y el grueso de la fuerza siguió su camino. Los indios, como los días anteriores, venían picando la retaguardia, gritando y lanzando imprecaciones é insultos, sin presumir la zalagarda que les habían armado. Al pasar frente á la emboscada, salieron de improviso los ginetes, arremetieron con furia á los indios que iban sin recelo, y los alancearon desapiadadamente. Con la sorpresa, el miedo á los caballos, y el brío de la carga, toda la horda huyó despavorida, pensando que tenía sobre sí todo un regimiento de caballería, y sembrando el pánico en las bandas de guerreros que venían atrás: nadie pensó sino en ponerse en salvo, merced á la agilidad de sus piernas. Los seis ginetes españoles ahincaron la persecución; hicieron su agosto, segando vidas á maravillas; y, sostenidos por el resto del ejército, que había vuelto la cara en hora oportuna, pusieron en completa derrota á los indios. No faltaron rasgos de valor en algunos de estos que acosados vendieron cara su vida; y aun refiere Herrera que uno de ellos fué tan bravo y atrevido, y

de fuerza tan colosal, que corriendo un ginete español con su caballo á media rienda, asió al caballo del pié trasero, y le detuvo como un borrego: así de matalon estaría el rocin que montaba el ginete.

Como lo esperaba Montejo, los indios recibieron buena lección y escarmiento en este encuentro. Cesaron de perseguirle, y siguió su marcha sin molestia alguna, fuera de la natural, emanada de la alta temperatura y de las asperezas de la selva por donde iba abriéndose camino. Continuando rumbo al norte, vino á salir á las ciénagas de Buczootz, linderos por el oriente del cacicazgo de los Cheles. Estaba ya en tierra amiga, y pudo orientarse y tomar informes en la primera población en que tocó. Preguntó por el camino de Tcoh adonde quería ir á reunirse con su padre, á quien presumía lleno de sobresalto en la ignorancia de su suerte. Bajando hacia el suroeste, á poco alcanzó la ciudad de Tcoh, donde Chel-Poot y sus vasallos, fieles en su amistad, le dieron buen recibimiento, á pesar de su triste condición de fugitivos y derrotados: los alojaron y alimentaron generosamente algunas semanas, aun á riesgo de atraerse la animosidad de los caciques de las otras regiones encarnizados contra el extranjero.

Ni el Adelantado ni su hijo juzgaban hacedero permanecer con los restos de su ejército en el cacicazgo de los Cheles, á merced de su buena voluntad que de un momento á otro podía cambiarse. Mucha mella les hacía el aislamiento á que se veían reducidos, sin noticias de Dávila, ni de Campeche, ni de México, y sin medio alguno de recibir refuer-

zos, municiones y víveres. La prosecución de la conquista en estas circunstancias no podía haber sino en imaginación calenturienta: lo razonable, lo práctico era volverse á Campeche, y esto, aprovechando la amistad aun firme de los Cheles. Así lo convinieron Montejó y sus capitanes, y partieron para Jilam, con ánimo de embarcarse. El cacique Anamux Chel, siempre benévolo y afectuoso, redobló sus finezas y agasajos, auxiliándolos con toda clase de recursos generosamente y sin medida: él mismo, y los dos jóvenes y gallardos hijos del cacique de Yobaín, quisieron acompañar á Montejó á Campeche, extremando hasta este punto las pruebas de su amistad.

Se embarcó todo el resto del ejército en Jilam,¹

¹ Herrera en su historia general, copiando al Padre Landa, disiente en este punto, dando á entender que Montejó volvió á Campeche por tierra; pero nosotros, siguiendo á Valencia, á otra relación antigua citada por Cogolludo, y á éste mismo en su historia de Yucatán, juzgamos más seguro que el viaje se hubiese realizado por mar. No obstante, no dejamos de reconocer que el Padre Landa afirma demasiado categóricamente que la vuelta á Campeche fué por tierra, y en favor de esta versión está la deducción que puede sacarse de las instrucciones del adelantado Montejó á su hijo, en donde reseña á los indios de Acanul como antiguos conocidos, y como gran aliado suyo pone al cacique Uva Chancan, que no es otro sino Nachan Canul. También Juan de Lerma, en carta al Emperador, de primero de Junio de 1534, dice lo siguiente: «Tuvieron cercada la ciudad cinco ó seis meses, sin dejarlos salir á buscar comida sino con mucho riesgo i les mataron los indios amigos, i en todo este tiempo no pudimos saber dellos ni ellos de nosotros, hasta que resolvimos salir conquistando hasta la ciudad como hicimos pacificando todo el camino. Quando llegamos havian despoblado la ciudad por falta de bastimentos, herraje, armas i nos topamos en la provincia de Quepeche: ellos eran 100 i nosotros 120 dejando poblada Salamanca. Desde Quepeche comenzamos á conquistar toda la tierra i ya está pacificada como de primero». Este último dato, completamente falso, nos hace dudar de las otras aserciones, y nos inclina á insistir en que la vuelta á Campeche debió ser por mar. En abono de esta creencia tenemos, fuera de las autoridades antes citadas, el hecho bien comprobado de que D. Francisco de Montejó, el mozo, armó y cargó un galeón con el cual llegó hasta Jilam, y éste debía esperarle en este puerto.

y costeando por Sisal y la Desconocida, llegaron á Campeche á principios del año 1533.

Indeciso estuvo Montejó sobre lo que debería hacer. Ninguna noticia tenía de la suerte que hubiese corrido Dávila, maliciándose de lo peor, á juzgar por lo que á él había acontecido. El desaliento cundía entre todos los conquistadores, y arduos trabajos pasaba para impedir que se desbandasen. Andaba todavía dudoso y vacilante cuando ancló en Campeche el buque que trajo á Dávila y á su tropa de Trujillo, á mediados de 1533. A pesar del mal éxito de ambas expediciones, la llegada de Alonso Dávila alentó de nuevo á Montejó, hasta el grado de que quiso probar fortuna y continuar la conquista, cuyos principios se habían marcado de un modo tan funesto. Despachó á Alonso Dávila con cincuenta hombres á hacer una exploración por el interior, quizá para cerciorarse si las provincias aledañas de Hkin-Pech estaban levantadas como las que acababan de visitar. Antes de la vuelta de Dávila, pudo convencerse de que el país rechazaba su dominación: una turba como de veinte mil indios asaltó á Salamanca de Campeche, y llegó hasta junto al real español. El Adelantado, oyendo el alboroto, salió de su morada, y montando rápidamente á caballo, fué á conocer de propia vista la magnitud del ataque. Vió que el enemigo estaba dividido en muchos escuadrones, uno de los cuales bajaba por la ladera de la sierra, y era el que más próximo se veía. Al principio, el Adelantado tuvo la esperanza de sofocar la insurrección con solo su presencia y su palabra, y, dirigiéndose á galope á los que bajaban la sierra, los

llamó y apellidó con alta y cariñosa voz, persuadiéndoles á que se sometiesen, deponiendo su actitud hostil. Candor tan columbino estuvo á piñe de costarle la vida, porque los indios, tan pronto como lo reconocieron, se arrojaron sobre él y le cercaron. Se quedó solo entre ellos, y ya pretendían desarmarle y desmontarle, cuando el Adelantado, comprendiendo el grave riesgo que corría, espoleó rápida y fuertemente su caballo que con un salto repentino derribó á los más cercanos asaltantes: la turba no se desconcertó, ni intimidó, y, volviendo á la carga, los indios se arrojaron sobre el caballo, asiéndole unos por las riendas, otros por los pies, por la cola y por las orejas: quien aseguró el arzón de la silla, quien los estribos, quien agarró con fuerza al mismo Adelantado. El caballo se encabritó, caracoleó, se empinó de nuevo; pero todo en vano: la multitud de los asaltantes llegó á dominarlo, y el Adelantado debía únicamente su vida al ánsia de llevárselo prisionero para sacrificarlo. En este instante, uno de los soldados de Montejo, Blas González, acertó á distinguir el riesgo que corría su jefe, y, rápido como una centella, lanza en ristre, se arrojó en socorro suyo, abriéndose paso por entre la aglomeración de indios, alanceándolos á diestra y siniestra. Otros soldados le siguieron, y, penetrando entre la compacta turba, pudieron llegar junto al Adelantado, en momentos en que, ya con algunas heridas, se preparaban los indios á llevarle para sacrificar á los ídolos. Fué tan grande el esfuerzo de Blas González que su caballo murió á poco de haber salvado al Adelantado, y él mismo sacó muchas heridas que

le dejaron fuera de servicio por algún tiempo.¹

La hazaña de Blas González produjo el triunfo: el escuadrón derrotado de los indios introdujo la confusión y el desorden entre los demás: el desaliento cundió y todos emprendieron la fuga: la siniestra nube se disipó como por encanto. Alonso Dávila, que regresó de prisa en socorro de Campeche, llegó cuando todo el peligro había cesado.

Tanta pertinacia en los mayas por rechazar la dominación española y la perspectiva poco halagadora entonces que ofrecía un país privado de minas, habían enfriado el entusiasmo de la gente de Montejo, y en Salamanca de Campeche se murmuraba contra toda idea de continuar la conquista. La desanimación llegó á su colmo cuando se supieron las maravillas de riqueza que Pizarro halló en el Perú. La distancia, la imaginación y las narraciones romancescas que se cruzaban de boca en boca acrecentaban la magnificencia de los países del mar del sur recientemente descubiertos: cada sujeto se imaginaba que no había más sino aportar á las costas del Perú, y ganar toda una fortuna: los ríos arrastraban arenas de oro, los llanos presen-

¹ «Y estando en la dicha provincia de Campeche que hera y mucha población, tuvimos con los indios muchos rencuentros de guerra en manera que nos vimos en gran aprieto por no ser más de diez ombres de a caballo y treinta ó quarenta peones y andando el dicho Adelantado escaramusando con los naturales le hirieron en una pierna de un flechazo y los indios lo tenían asido á él y al caballo que no se podía valer y él dando muchas bozes y gritos llamándome por mi nombre diciendo a hijo Blas González socorremé, llegué yo á las voces en mi caballo a todo correr y de mi llegada resultó que con el animo y diligencia que puse lo quité de poder de los dichos indios que le tenían á mal tratar y le libré de poder dellos y si aquella coyuntura no llegara le mataran y dello resultara que la tierra y gente pasara mucho trabajo é se des poblara la tierra.» *Relación de Blas González á S. M. de 12 de Mayo de 1579.*

taban placeres cundidos del precioso metal, la plata y las piedras preciosas eran allí tan comunes como el aire y el agua: tales eran los ensueños que se forjaban del país de los Incas. Todos los ambiciosos, los deseosos de correr fortuna, vieron un campo abierto á sus aspiraciones, y se estableció una corriente de aventureros que fueron al Perú en busca de fácil y rápido bienestar. Los soldados de Montejo, seducidos por este espejismo encantador, empezaron á abandonar á su jefe, y, abierta ó clandestinamente, fueron dejando las playas de Campeche con dirección al Perú. El ejército quedó reducido á corto número de plazas, con las cuales era imposible emprender nada nuevo ni sólido; y como ni aun siquiera era probable acertar á sostenerse en Campeche, el mismo Adelantado empezó á creer que semejante situación era insostenible, y que urgía ir á México á allegar nuevos recursos, reclutar gente, y volver con refuerzos á continuar la comenzada obra de cuyo abandono ni pensar quería.

El viaje á México quedó decidido, y, á fines de 1534, se embarcó el Adelantado para Veracruz, en compañía del alférez Gonzalo Nieto y del contador Alonso Dávila: Don Francisco de Montejo, el mozo, permaneció en Campeche como jefe de la guarnición. Al llegar á México, el Adelantado se ocupó en dar cuenta de todas sus operaciones á la Audiencia, haciendo una reseña minuciosa de todos sus trabajos. La primera Audiencia había cedido el lugar á la segunda, compuesta del Illmo. Señor Don Sebastián Ramírez de Fuenleal, D. Vasco de Quiroga, Alonso Maldonado, Francisco Seinos y Juan de Sal-

merón. Esta audiencia, informando al Rey sobre los agravios de que se quejaban los conquistadores y estado de la nueva España, le avisaba á principios de 1533 que Montejo andaba muy trabajado en Yucatán,¹ sin poder comunicarle pormenores porque carecía de ellos á causa de la ausencia de comunicación con Campeche. Con esto, la Audiencia estaba deseosa de conocer todos los detalles de la expedición á Yucatán, y escuchó las prolongadas relaciones de Montejo, manifestándose dispuesta á protegerlo, á pesar del mal éxito que sus operaciones habían tenido hasta entonces. A ello debe haber contribuido la carta de la Reina, de 4 de Abril de 1531, en que mandó hacer averiguación sumaria de los agravios que se habían hecho á Montejo en Tabasco.

Terminada esta averiguación, la Audiencia mandó restituir en la gobernación de Tabasco al Adelantado Montejo, y Baltazar Osorio tuvo que cederle el puesto mal de su pesar. La posesión del gobierno de Tabasco dió nuevos bríos al Adelantado para no desistir de su empresa. Recogió todos los frutos acumulados de sus encomiendas, y los destinó para aviar una nueva expedición que debía ir á Campeche en socorro de la gente que había dejado allí de guarnición. Enganchó algunos voluntarios, compró armas, municiones, víveres y dos navíos, y, bien pertrechados, los envió á Campeche al mando de Gonzalo Nieto, con instrucciones de que recogiese á todos los castellanos y los llevase á Tabasco, desamparando por completo la tierra de Yucatán, entretanto se organizaban fuer-

1. Herrera. *Década V.* pag. 122